

## A LA MEMORIA DE JOSE MARIA BELDERRAIN

Nada más propio que la dedicatoria de un recuerdo a José Mari Belderrain en las páginas de «EGAN». Se lo merece quien, como él, fué escritor: —y escritor distinguido entre los nuestros— por decidida vocación y temperamento.

José Mari Belderrain era conocido, en los últimos años, por sus críticas bibliográficas en «La Voz de España» de San Sebastián. Sin embargo, este aspecto de comentador de libros no agotaba, ni con mucho, lo propio y sustantivo de su personalidad. Sí aparecía en sus notas periodísticas el punto de mostaza de su ingenio cáustico, la agudeza de visión y el golpe rápido del dictamen que valora los méritos o los rebaja con absoluta independencia de criterio. Belderrain, empero, era más bien creador en el campo del teatro y de la novela y cuento cortos.

Es muy interesante, de comienzo, señalar la postura de José Mari Belderrain ante la vida, ya que, sin ello, resultaría truncado su retrato. Excepcionalmente original y divertido en sus cosas, trataba con contadísimas personas, hasta tal punto que, en temporadas, era yo sólo quien poseía el secreto de su incógnito paradero. De nativa aristocracia de espíritu, se bañaba permanentemente en un desprecio instintivo e infinito por todo lo rastrero y vulgar. Sus amigos recordamos aquel característico gesto suyo de altivez, entre ofendida y burlona, con la frente erguida y un dibujo de desdén en la comisura de los labios... Sí, tenía el aire inequívoco de un señor feudal trasplantado a nuestro siglo, y le iba como de molde el grito de «¡arqueros, a mí!» que le oímos en alguna ocasión.

Aborrecía la intriga, el uso de valedores que le sirvieran de trampolines para medrar. Envuelto en sí mismo, en su mundo interior, muy seguro en la fortaleza de su desprendimiento de la sociedad y de los hombres, Belderrain semejava un islote áspero y bravío entre sus coterreos. Y, a pesar de ello, no era hurafío ni descortés. Los complejos de inferioridad y resentimiento no se albergaban en su ánimo. Yo puedo atestiguar con qué nobleza y sinceridad de intención abría su espíritu a los escritores incipientes, primerizos que siempre encontraban en él la impresión desinteresada y justa. El amargor del escéptico y del frac-

sado no se dieron nunca en Belderrain, por la clara razón de que jamás especuló con su nombre literario; muy al revés, se reía con la risa de quien se siente superior de los que cotizaban esos valores en el aprecio de los demás. El iba derechamente por el limpio trazado de su órbita de libertad e independencia, sin envidiar a nada ni a nadie.

Dotado de ingenio felicísimo, resultaba un regalo oírle en conversación, disqueteando sobre autores y libros. Era su espíritu el espíritu redivivo del Puck shakespeariano, travieso y enredador, rápido para el guiño y la sorpresa de la frase ocurrente y lapidaria. Su ángulo de visión de la literatura lo colocaba muy alto, dominando extensos horizontes, pues leía y asimilaba incansablemente. Su hambre y capacidad de lectura eran pasmosas. Herido ya de muerte, en los días postreros, me confesó oprimido por la fatiga: «Hoy es el primer día de mi vida en que no he podido leer nada».

Los que le conocieron, de vista al menos, en San Sebastián durante los últimos años, conservarán su imagen inconfundible cuando salía despaciosamente por la calle Mayor, a eso de las once de la noche, con aire pontifical y un buen rimerero de libros bajo el brazo.

\* \* \*

La vida de José Mari Belderrain se desarrolló siempre bajo el signo de lo sibilino y fabuloso. Por los años de la República, mis amigos bilbaínos y yo le contemplábamos, desde la perspectiva de nuestra minoridad, como a un ser mítico y superior por su apariencia de dominio y rebeldía. De dominio, sí, porque se exhibía siempre con aquel gesto despreocupado y augusto de Gran Duque Alexis en el destierro. Y también de rebeldía, porque le molestaba el roce de la sociedad del siglo xx y no se recataba en proclamarlo. Aquí de aquello que se contaba de él, muy propio, cuando, en cierta ocasión, con monóculo y una fusta, pretendía abrirse paso entre los obreros socialistas, apostrofándoles: «¡Atrás, plebeyos!».

A veces desaparecía por el escotillón, viajero de algún viaje que, en nuestra sospecha, lo presentíamos interplanetario. Luego, al cabo de tiempo, volvía a recalar en el mostrador del Iruña. A lo mejor había estado en París, y, de su estancia, nos traía el relato de cierto encuentro con la «Sûreté», a cuenta de haberse sentido un «camelot» más y voceado su lealtad a los Guisa en la Plaza de la Concordia.

Conocía muy bien la literatura francesa y mantenía relación y correspondencia con escritores contemporáneos, como Daniel Rops, que ahora recuerde. El mismo escribía en francés, directamente, alguna de sus obras, con preferencia de teatro, «Voy a llevarle esta obra, en mi primer viaje a París, a la admirable Ludmila Pitoëff». Luego no llevaba nada o lo perdía. En cierta ocasión, nos citó en el Iruña de Bilbao a varios amigos. Iba a dar lectura a su obra «Judas», escrita en francés, comedia donde campeaba un exquisito sentido del humor (se hablaba de la cabellera merovingia de Sansón) y conocimiento de la técnica del teatro, hasta con aparición de «coros», al estilo de la tragedia griega. Antes de proceder

al rito de la lectura, Belderrain ordenó que le sirvieran el último «Napoleón» con soda (llamaba «Napoleón» a un coñac que no hubiera llegado ni a «caporal» en Austerlitz). Sacó pausadamente del bolsillo derecho de la americana el acto primero; el segundo del izquierdo, después de algunas vacilaciones y tanteos; el tercero se lo había dejado en casa.

El no había nacido para lidiar con empresarios de teatro ni editores. Escribía por inclinación vehementemente, por necesidad espiritual de altura y oreo. Si se fuera a buscar lo propio y específico de su personalidad de escritor, habría que encontrarlo en lo suelto y certero de su prosa, en el humor e ingenio maravillosos y en aquella penetración psicológica tan diestra y profunda en el alma y situaciones de espíritu de sus personajes. Aquí es donde el talento de Belderrain se mostraba con todos los quilates de su valía. Sirva de exponente «El fin del mundo», esa espléndida comedia, plena de originalidad y felices aciertos.

Le gustaba la greguería y sabía administrarla a su tiempo. En algún sitio dijo o escribió que «la escopeta de cañón doble es la flauta del dios pán-pán». Tenía una risa abierta, franca, y un picaresco fulgor de pupilas, a través del cual veía el mundo y sus cosas con la filosofía de un nuevo Diabolo Cojuelo. A sí mismo se llamaba Mefisto, y se reía al considerar que algo le vinculaba al personaje de Goethe. Una vez me visitó en el Seminario de Vitoria, y le hice recorrer su gran biblioteca. Al fin, me dijo: «Estoy por escribir un artículo sobre esta visita mía. Se podría titular: Mefisto en el Seminario». Y lo decía riéndose, con aquella voz ronca y aquel tono y modo inconfundibles de silabear, entre cómico y sentencioso...

«Su obra queda, desdichadamente, muy dispersa e incompleta. Escribió bastante y publicó en menor escala. Apenas le interesaba esto último. El era, fundamentalmente, creador en el campo del teatro, del cuento y la novela, y se satisfacía con el vuelo de la imaginación a través de los personajes y situaciones forjados en su quimera. Nadie que leyese algo suyo, en ese estilo, podría sustraerse a la impresión de su talento, de su perspicacia en el análisis y paratomía de los afectos, de los mundos privados y ensueños de sus marionetas.

«Cuando yo muera, mis biógrafos se echarán los trastos a la cabeza y no se pondrán de acuerdo sobre mi edad», me dijo más de una vez, con aquel modo «exabrupto» tan de su ingenio. Lo cierto es que él se había plantado en los treinta y doce o treinta y trece años, poco más o menos, y allí se mantenía impertérrito ya hacía tiempo.

El humor y la gracia, los conservó hasta el fin, aun en la crisis definitiva de su enfermedad. «Llevaré fama de «alperra» (indolente, en vascuence), pero cuando falte, seguirán apareciendo mis artículos». Y se cumplió cabalmente su vaticinio.

Los últimos años se convirtieron para él en lento y doloroso peregrinaje por los sanatorios, en busca de la salud que ya no recobraría nunca. A la más leve mejoría se sentía de nuevo con arrestos de optimismo y trabajo.

La crisis final le sobrevino en el verano del pasado año. Desde su soledad y silencio —las dos corazas que le ampararon siempre— me llamó

con urgencia al Sanatorio. Entre sus amigos contados me elegía a mí. Quería verme de nuevo, hablar, recibir mi bendición sacerdotal, besar mis manos recientemente unguadas... Sí, José Mari Belderrain mantuvo siempre, «de su alma en el más profundo centro», un venero de insobornable ortodoxia. Gustaba de vestirse a veces, fuerza es reconocerlo, de un ropaje de vaporoso y coloreado «volterianismo», pero eso mismo, en su aprecio, no poseía más valor que el de una «boutade», de la que él era el primero en reírse. En cierta ocasión veraniega le acompañaba yo, le dirigía a la última misa de domingo en el Buen Pastor de San Sebastián. Le agobiaba la reunión de muchedumbres. «Esto de que haya que ir a misa los domingos, con tanta gente, es realmente fatigoso —me decía con fingido aire cansino—. Encuentro que sería mucho más razonable que el precepto dominical obligara los lunes, y así estaríamos más holgados en la iglesia».

Conservó hasta el fin su ilusión por leer, por aquel ventaneo sobre autores y libros, de que tanto gustaba. Me queda el consuelo de haber alegrado sus últimos días, confortándole con el calor de amistad y recuerdo de todos los que me encargaban que se lo hiciera llegar. De haber realizado hasta sus encargos finales de libros y revistas, cuando le quedaban ya muy pocos días de vida. De haberle enviado, en vísperas del gran viaje, las últimas «friandises» de Ayestarán y Goya, que le regocijaban como a un niño...

José Mari Belderrain murió con la paz del creyente el 7 de octubre de 1947, en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Los que sólo le conocieron de lejos, sin calar en su alma, quizá le considerarían como a un ser atrabiliario, fabuloso, digno de ser emparejado con Diógenes a la hora del tonel y la linterna. Lo cierto es que Belderrain fué un hombre de talento finísimo, abierto a todos los vientos, cordial y expansivo. Tuvo la elegancia de espíritu suficiente para vivir apartado del comercio literario, del «toma y daca» del cálculo y la intriga. Aquel soberano, olímpico desprecio del dinero y la sociedad y los hombres en lo que tienen de artificioso y falso, resultaba en él algo consubstancial a su personalidad. La muerte le encontró así, desprendido de todo, derechamente enfocado hacia lo sobrenatural e imperecedero.

Descanse en paz su espíritu noble, de caballero castellano del medioevo. Sus amigos no olvidaremos nunca aquel perfil, abroquelado de soledades y silencios. Aquella generosidad y largueza de alma, de gran señor. Aquel ingenio fértil que provocaba las risadas más limpias y espontáneas, las que encienden los ojos, esponjan el corazón y de él ahuyentan los sueños turbios... descanse en la paz de la Belleza Suma.

